

Luis PERDICES DE BLAS y Manuel SANTOS REDONDO (coords.)

Economía y literatura

Madrid, Ecobook, 2007, 660 pp.

Con este escueto título nos presentan sus coordinadores un libro, muy bien editado, en el que colabora una veintena de economistas, en su mayoría especialistas en historia del pensamiento económico y miembros del “grupo de Madrid”. Como señalan en unas breves “Palabras preliminares” los patrocinadores —el presidente del Instituto de España, Salustiano del Campo, y el del Consejo Económico y Social de la Comunidad de Madrid y miembro del grupo, Francisco Cabrillo—, “la vida económica ofrece, en muchas ocasiones, aspectos dramáticos que han llamado la atención de un gran número de escritores. Tiene sentido, por tanto, que los economistas analicen estas obras a la luz de sus conocimientos técnicos y utilicen incluso obras literarias como fuentes de información sobre la vida económica de épocas pasadas” (p. 7).

Así lo hicieron los autores de estos textos, convocados en 2006 por ambas instituciones patrocinadoras, bajo la dirección de Juan Velarde y Luis Perdices, quien luego ha coordinado con Manuel Santos (prolífico autor o coautor de cinco de los capítulos) esta edición; edición, por otro lado, en la que hay una notable dispersión en métodos y lenguajes, en intenciones y selección temática, dicho sea para aclarar lo que, tras una gozosa y apurada lectura, aparece como único o principal problema.

Los coordinadores afirman en el prólogo que los economistas tienen cosas que decir y cosas que aprender de la literatura, y van más allá, reconociendo que “hay problemas económicos que podemos entender mejor si nos fijamos en lo que dicen los grandes creadores literarios” (p. 9); es decir, hay percepciones, descripciones, reflexiones económicas, escondidas en millones de páginas literarias. Hay que descubrirlas, hacerlas patentes, aprovecharlas. Todo acercamiento al meollo de las grandes cuestiones económicas es bueno. Y Santos, con José Luis Ramos Gorostiza, abren capítulo abordando con buen tino qué debe hacerse en estos casos —luego no faltaban dirección ni orientaciones: quizá disciplina o interés por temas que son grandes ausentes—. Evocan casos en que, a la vez que a escribir, hubo grandes escritores (Aleixandre o Delibes) que aprendieron Economía; en otros (Valentín Andrés Álvarez), se duda si un autor es más literato o economista. Y, en general, se acuerda que las frecuentes alusiones a temas económicos en grandes obras literarias pueden ser erradas o no, pero “esas ideas llegan con fuerza a la mentalidad popular y no pocas veces a la profesional”. Por lo que es bueno detectarlas, examinarlas, juzgar no tanto su calidad artística cuanto la científica, aunque sin olvidar la satisfacción que produce ver con frecuencia el excelente trato dado por grandes escritores a nuestros temas.

En el mundo de los clásicos se estudian los planteamientos en *El Quijote* (y en el *Coloquio de los perros*) sobre el arbitrio (Perdices y Reeder), en principio asimilado a la locura, objeto de burla, lo que contribuye a desprestigiar el término, muy bien enmarcado y ubicado aquí. Y siguiendo con Cervantes, “competente economista y hombre de negocios”, Santos Redondo y Ramos Gorostiza analizan su visión de la economía y la empresa en varias de sus obras, con textos elocuentes. Añaden, pues, cuidados apuntes a un tema nada nuevo —en el mismo año había publicado la Universidad de Castilla-La Mancha un grueso volumen colectivo, coordinado por Miguel Ángel Galindo sobre *Cervantes y la economía*—. Añadamos el bien perfilado debate sobre *El Chitón*, un probable y mal conocido Quevedo (García de Paso).

Siguen otros temas españoles, como la pulcra antología sobre el lujo en la Ilustración (Jurado); la figura de *Clarín*, asunto objeto de diversos estudios anteriores, a los que un breve apunte de Santos Redondo aporta el ejercicio de oposición a cátedra de Economía política en Salamanca de este gran escritor krausista, en el que Sánchez Hormigo abunda y amplía, añadiendo sus estudios sobre el hambre en Andalucía y los temas económicos en su estupenda obra literaria. Jordi Pascual sintetiza sus muchos estudios sobre el Nobel Echegaray, revisando todos sus dramas en que aparece el tema económico en las figuras del banquero o el emprendedor. Procede el sociólogo Amando de Miguel a repasar la industrialización vasca en la literatura, Blasco Ibáñez y otros y, casi monográficamente Maeztu, cuyo pródigo periodismo económico estudia a fondo Zariategui, así como su influencia en la transmisión de muchas ideas y del “modo americano de hacer negocios”; Méndez Ibasate reproduce su conocido trabajo sobre Unamuno (lecturas, prólogos, traducciones, descripción de la situación vizcaína); y Velarde desborda su erudición sobre Azorín, al que vincula al nacimiento de su tan defendida “Escuela de Madrid”, y al que valora más en este terreno que al propio Unamuno.

Otro salto en el tiempo nos lleva a la modernidad. Sánchez Hormigo, el gran experto en Valentín Andrés Álvarez, le recuerda con Ramón Gómez de la Serna en una crónica preciosa. Añadamos el trabajo de Linde sobre Josep Plá, testigo del derrumbe de las libertades europeas, amigo de Joan Sardá, muy bien informado, que, desde su *Cuaderno gris* al *Viaje en autobús* divulga y defiende ideas keynesianas. E incluyamos en este grupo el estudio comparado que hace Estrella Trincado sobre Borges y Cortázar, cuyas ideas literarias y filosóficas llegaron a afectar a los sistemas sociales y económicos de su tiempo.

También se estudian casos extranjeros: Carlos Rodríguez Braun, con una excelente lectura sobre los temas de dinero y contrato en *El mercader de Venecia*; Pedro Schwartz sobre *Oliver Twist*, víctima de las leyes de pobres, a las que critica acerbamente Dickens; Elena Gallego, la gran recuperadora de la literatura económica escrita por mujeres, sobre Harriet Martineau, culta, viajera, popular novelista que incluye en sus tramas asuntos económicos. Y, pasando al mundo francés, Francisco Cabri-

llo estudia el tema de la quiebra en Balzac; y María Blanco la especulación urbanística en París en la obra de Zola, que mostraba lo que el fenómeno supone de progreso y modernización, pero también su cara más cruel y amarga. Y el gran autor portugués Pessoa, cuyas ideas económicas (basadas en su propia experiencia de “economista y hombre de negocios” y en una buena biblioteca sobre estos temas) son entresacadas de su excelsa obra, y de sus *Textos para los directores de empresas*, por Ramos Gorostiza y Santos, que nos insisten en “la utilidad de la literatura para la comprensión de los fenómenos económicos y su contexto social”, tan generalizado su estudio en el mundo anglosajón.

No están colocados todos estos trabajos en el orden en que se citan, cruzándose por razones desconocidas fechas y temas. Pero estos reparos son menores. Nadie puede llamarse a engaño: este no es un manual de Economía, sino una colectánea de estudios sobre qué dicen, qué saben, qué les preocupa a muchos destacados autores literarios sobre diversas cuestiones de esta disciplina. Y ello, desde la historia del pensamiento económico, sobre todo, con un buen instrumental teórico y una, por lo general, muy notable cultura, histórica y literaria. Son todos los que están, y resultan particularmente novedosos e interesantes los estudios sobre Cervantes y Quevedo, Maeztu y todo el 98, y especialmente sobre autores extranjeros.

Uno no encuentra a Galdós, porque a nadie se le había ocurrido estudiar a Galdós, nuestro máximo novelista de finales del XIX y primer tercio del XX, que tanto juego da en todos los asuntos —hace unos años el zaragozano Ramón García Lisboa se doctoró estudiando sus más de dos mil citas de asuntos médicos—. Es decir, este no es un libro que responda a una pregunta y un plan sistemático, aunque a pesar de ello reúne un muy interesante elenco de autores examinados y comentados *more economico* (y con muy destacados análisis literarios también, en ocasiones).

Dados su origen, estructura, características de los autores, no sería de extrañar que en un plazo razonable éstos fueran convocados o se reunieran para ampliar el elenco de autores estudiados, quizá sistematizar algo más desde el principio el modo de abordarlos, y ofrecer un gozoso segundo volumen al lector, economista o no, aunque éstos seguramente lo disfrutarán doblemente. En ese caso, sería ocasión de acercarse, ¿por qué no?, mucho más a nuestro tiempo o, al menos, a la segunda mitad del siglo XX, aquí prácticamente apenas rozada en los casos de Plá, Borges y Cortázar. Quizá todo ello podría responder a un plan, a medio plazo, e incluso a una cierta colaboración con filólogos, historiadores y críticos literarios.

Eloy Fernández Clemente
Universidad de Zaragoza